

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—**Provincias**, tres meses, 7'50 id.—**Extranjero**, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Cbaumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 160.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 25 Octubre 1890.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.

Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero.

Varietad de los de mesa, pared y despertadores.

Excelente taller de composturas.

Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

Véase el anuncio de los grandes almacenes del Printemps de París.

ECOS DE MADRID.

24 de Octubre 1890

La preocupación casi única de todos los habitantes de Madrid, es en la actualidad la epidemia variolosa que estamos sufriendo.

En los cafés, en los teatros, en los paseos, en las tertulias, en el seno de las familias, no se habla más que de vacunaciones y revacunaciones, de los casos de que se tiene noticia y de los artículos que dedican, los periódicos á tan importante asunto salpimentando los comentarios con una salsa que de probarla haría poner mal gesto á las autoridades encargadas de velar por la higiene.

Son por desgracia numerosos los enfermos que llenan los hospitales y abundan también los que se cuidan en sus casas; por más que dada la población de Madrid no acusan uno de esos estados que puedan alarmar tan hondamente como alarman. Pero se contarían menos atacados y menos víctimas si se hubiera cuidado desde los primeros momentos de facilitar la vacunación y la revacunación y si á los enfermos que salen del hospital en las mejores condiciones para contagiar á todas las personas con quienes viven y alternan, se les hubiera proporcionado en un asilo aislado, los medios de pasar la convalecencia reponiendo sus fuerzas con una sana alimentación.

Se ha recurrido á las fumigaciones, al saneamiento de las casas en donde ha habido enfermos variolosos y sobre esto habla mucho que hablar. Hay quien asegura después de haber recibido la visita de los fumigadores que es peor el remedio que la enfermedad.

Ya habrán sabido mis lectores, que algunos chuscos se han divertido enviando anónimos ó comunicaciones firmadas con un nombre y un apellido imaginarios, dando parte de que en tal ó cual casa se necesitaban los auxilios de las brigadas sanitarias. Estas han acudido y se han enterado de que todo era broma, dando lugar á escenas que habrán hecho reír á los graciosos, pero que no han hecho maldita la gracia á las personas que se han visto molestadas.

En cambio en muchas casas no se han tenido precauciones y entre otros varios sé de un caso que ha dado lugar á que una señorita muy distinguida haya sufrido la enfermedad reinante y haya perdido además la ocasión de tomar estado. Vivía en el piso entresuelo de una casa situada en una de las calles más céntricas de Madrid. En el piso principal hubo un enfermo de

viruelas y cuando ya estaba en la convalecencia, las criadas sacaban al balcón las ropas de la cama del enfermo y lo que es más las sacudían. Esta operación se ejecutó un día en ocasión en que la señorita del piso entresuelo estaba asomada á su balcón. Dos ó tres días después cayó en cama con la viruela y por milagro se salvó; pero quedando desfigurada. Estaba próxima á casarse y el futuro ha renunciado á sus propósitos. No debe afligirse mucho por este desengaño la simpática interesada; pero la verdad es que sin el poco amor al prójimo de sus vecinos del piso superior y sin el abandono ó la vista gorda de los municipales, la pobre joven ni habría sufrido ni se habría quedado sin admirador.

—Si todos los habitantes de Madrid pudieran vacunarse ó revacunarse en un solo día, ha dicho un doctor, pocos días después cesaría la epidemia.

Si esto es verdad, confiemos en que terminará en breve; porque pocos muy pocos van á ser los que se queden sin el pinchazo. Los establecimientos particulares ganan un dínaral; los gratuitos se ven atestados de gente de todas clases y de todas edades que esperan vez para entregar el brazo á la lanceta. En los del Gobierno y la Beneficencia hay colas interminables; y hasta la moda ha ideado un medio de que las señoras y señoritas puedan ofrecer el alabastrino brazo sin tener que despojarse del traje. Una manga hábilmente preparada se abre rápidamente, deja al descubierto el espacio necesario y se cierra después con lijereza y discreción. Confiemos en que esta moda pasará pronto.

Para terminar.

Ayer me han devuelto por el correo una carta que remití á un amigo. En ella leí lo siguiente: «El interesado no existe por fallecimiento.»

Julio Nombola.

MEDIOS HIGIÉNICOS de prevenir la viruela y su propagación

Instrucciones de la Sociedad Española de Higiene

I. La viruela es una enfermedad perfectamente evitable, bastando para ello la iniciativa individual. Las autoridades, no obstante, tienen el deber de facilitar á las clases menesterosas, gratuitamente, sin trabas de ningún género, todos los medios que aconseja la ciencia para impedir su presentación y propagación. La viruela, con carácter epidémico, constituye un baldón de toda población culta, porque revela, de parte de las autoridades, un abandono de la higiene, y de parte de los individuos un desconocimiento completo de sus más elementales principios.

II. La viruela es una enfermedad eminentemente contagiosa del individuo enfermo al individuo sano. Tiene dos medios de transmisión: uno *hijo*, por el contacto inmediato con el líquido de las pústulas; *difuso*, por las partículas orgánicas transportadas por el aire, resultantes de la desecación de las mismas pústulas. Para el contagio *hijo* es necesario estar en relación directa con el enfermo; para el contagio *difuso* basta hallarse en un punto cualquiera donde existan esas partículas orgánicas. Las ropas que han servido al enfermo, los libros ó papeles que ha tocado, el carruaje en que haya sido conducido, todo cuanto ha estado en contacto con él, puede

á su vez convertirse en agente de transmisión.

III. El virus variólico, es decir, el principio productor de la viruela, reside en el líquido contenido en las pústulas, y alcanza su máximo de contagiosidad cuando ese líquido, claro en un principio, empieza á enturbiarse.

IV. El virus variólico se conserva indefinidamente, sin perder su actividad, en estado seco; y puede permanecer oculto en las ropas ó objetos contaminados hasta encontrar un individuo en condiciones de receptibilidad.

V. La receptibilidad es igual en los dos sexos, mayor en los niños que en los adultos y más en éstos que en los viejos.

VI. El haber padecido la viruela da inmunidad contra una nueva invasión. Esta inmunidad no es absoluta; hay casos, aunque poco frecuentes, de individuos que han padecido dos y tres veces la viruela.

VII. Antes del descubrimiento de la vacuna era un padecimiento bastante frecuente; se presentaba siempre con carácter epidémico y era una de las enfermedades más mortíferas que afligían á la humanidad; hoy es relativamente rara; pocas veces reviste el carácter de verdadera epidemia; se presenta por lo general en forma benigna; la proporción de mortalidad que ocasiona es escasa, y se extingue pronto y fácilmente, gracias á una buena higiene individual y colectiva.

VIII. El «único tratamiento preventivo» de la viruela es la vacunación, repetida cada ocho ó diez años, ó antes si hubiese en una localidad casos de esta dolencia. Es un error la idea de que en tiempo de epidemia no debe procederse á la vacunación. Antes al contrario no solamente deben vacunarse en esa época todos los que no lo estuvieren, sino que deben hacerlo nuevamente aquellos que llevasen algún tiempo de haberse vacunado, y los que, habiéndose revacunado recientemente, no hubiesen obtenido resultado alguno de esta operación. Tal es la opinión hoy admitida universalmente en la ciencia.

IX. Los recién nacidos están en condiciones de vacunarse desde la primera semana.

X. La vacuna tomada directamente de la ternera ó de brazo á brazo, si se hace con el contenido seroso de la pústula, sin mezcla de sangre y con una lanceta perfectamente limpia, jamás ofrece peligro.

XI. Hay vacuna verdadera y vacuna falsa. La primera es preventiva, la segunda no. Es necesario fijarse bien en esta diferencia para no comprometer la reputación de la vacuna ni abrigar confianza que puede ser peligrosa.

XII. La viruela es una enfermedad grave, aun en sus formas benignas, y debe llamarse al médico desde la aparición de los primeros síntomas.

XIII. Es indispensable, desde un principio, el aislamiento y la desinfección. Esta última es tanto más necesaria cuanto más avanzada esté la enfermedad; el periodo de supuración y el de desecación son los más peligrosos desde el punto de vista del contagio.

XIV. Donde no haya estufa de desinfección pueden someterse las ropas y efectos contaminados á la acción del gas sulfuroso, que se obtiene fácilmente por la combustión del azufre.

XV. En resumen, la profilaxis ó higiene preventiva de la viruela consiste:

1.º En obtener la inmunidad de los individuos por medio de la vacunación y revacunación, que destruyen la receptibilidad morbosa en la mayor parte de los casos y la disminuyen considerablemente en otros, por

fortuna poco frecuentes. Este medio es rápido, sencillo, eficaz y no expone á ningún peligro.

2.º En esterilizar los gérmenes de contagio por medio de la desinfección, practicada de un modo metódico, completo y en la forma que aconseja la ciencia.

UNA TRAGEDIA EN ACCIÓN.

Los periódicos de Madrid nos comunicaron ayer la noticia de que en la cárcel de Alcázar de San Juan se ha suicidado, disparándose dos tiros de carabina en la boca, un ingeniero de la línea del Mediodía.

Parece que el citado ingeniero iba á inspeccionar las obras que se están practicando en aquella estación.

A la llegada del correo fue detenido por un inspector del gobierno, y trasladado á la cárcel, donde se apoderó de una carabina del alcaide y se disparó los dos tiros que le han ocasionado la muerte.

Hé aquí los pormenores que encontramos en «El Figaro» llegado ayer sobre este suceso.

En el número del lunes 20 da cuenta de un drama de adulterio en Argelia, que reviste caracteres singulares y propios del teatro.

M. Weiss, administrador de la municipalidad d'Ain-Fezza, había acogido en su casa hace un año á un ingeniero de caminos de hierro llamado M. Roche.

Este llegó á ser el amante de la señora de Weiss, y en combinación los dos, resolvieron matar al marido haciéndole tomar pequeñas dosis de arsénico.

El vizconde de Guerry, secretario de monsieur Weiss, ha sido el que ha descubierto el crimen y ha impedido su realización.

Los naturales sufrimientos de M. Weiss y la opinión de los médicos, que no sabían á qué atribuir la enfermedad, dieron lugar á que el vizconde Guerry pensara en la causa de la enfermedad de su jefe.

Una noche, en el comedor de M. Weiss, paseándose y hablando con su jefe, que descansaba en un sofá, atormentado por su enfermedad, perseguía en su pensamiento la causa de la enfermedad y le llevaban á extrañas suposiciones, cuando al dirigir la mirada por encima de la espalda de la señora de Weiss, que escribía una carta, leyó la frase siguiente:

«No tengo más veneno; envíame una cantidad en algún regalo para los niños.»

El vizconde, aterrado de haber sorprendido tan terrible secreto, con gran sangre fría continuó hablando con su jefe como si nada hubiera visto.

En este momento la señora Weiss fue precisamente llamada fuera de la habitación.

Entonces puso un sobre blanco á la carta y salió dejándola sobre la mesa; pero el vizconde rápidamente y sin perder un segundo, coge la carta, cuyo sobre estaba recientemente humedecido, le abre fácilmente y pone en lugar del papel escrito uno blanco.

Al volver la señora de Weiss, no sospechó absolutamente nada, y puso la dirección al sobre.

El vizconde se despidió, y poco después salió en busca de un comisario de policía, á quien enteró muy exactamente de lo sucedido.

Al día siguiente se verificó la prisión de la Sra. de Weiss, que en el momento de ser arrestada, bajo pretexto de ir á vestirse á su cuarto, tomó una fuerte dosis de cianuro de potasio, y gritando al comisario de policía: ¡prendedme ahora! se arroja á los pies de su